



Ramón Acín *toma la palabra* 12— Nuestros caballos de picar



El 21 de mayo de 1914 se celebra en Huesca una becerrada a beneficio del Sindicato de Iniciativas y Ramón acude a Huesca para participar en la organización de la misma y como picador junto a Llorens, Pellicer, De Caso y Rafael Carderera. Los caballos son los protagonistas y las víctimas en este crudo relato sobre la violencia de la fiesta taurina.

Nuestros caballos de picar

4 de junio de 1914. El Diario de Huesca. (Id. web: ap010).

El 21 de mayo de 1914 se celebra en Huesca una becerrada a beneficio del Sindicato de Iniciativas y Ramón acude a Huesca para participar en la organización de la misma y como picador junto a Llorens, Pellicer, De Caso y Rafael Carderera. Los caballos son los protagonistas y las víctimas en este crudo relato sobre la violencia de la fiesta taurina.

Para una becerrada que anunciaron, y que novillada y bien cumplida, con agrado mío, resultó luego, se compraron tres caballos viejos ¿Eran andaluces, bretones, berberiscos, de los poneys de los suffolk? No más que tres ruinas eran los pobres jamelgos.

Llegaron sin nombre; ellos que un día pensaron legarlo glorioso, en pagas a sus aventuras pasadas, como el Bayarte de Rinaldos de Montalván¹ o el Rocinante del Quijote. Los designaremos por los colores de sus pieles, mal cuidadas, sin más limpieza ha tiempo que los palos de sus amos últimos.

El de mi amigo Andrés era royo; negro el de mi amigo Telmo; el mío pardo.

¡Pobres caballos nuestros de picar! Llegamos a quererlos como a parientes próximos. Cuando les mirábamos, mirábanos ellos como queriéndonos contar sus pasadas fatigas. No tenían que hablar; decían más que las palabras, sus cabezas caídas, sus miradas tristes de ramera vieja, sus orejas intranquilas donde se escuchaba como sonsonete de caracol marino, resonar de juramentos y chasquidos de látigo; sus espinazos curvos como guirnaldas por las grandes cargas; sus ancas descarnadas que servían de percha a las gorras de nuestros monosabios; sus costillas, podían contarse bajo la piel, como varillas de miriñaque bajo faldas de seda en día de viento; sus bocas desgarradas del frenar sin tasa, y sus patas fogueadas para el andar sin ganas.

¡Pobres caballos nuestros de picar! A veces, las menos, mal erguían la cabeza, intentaban cabriolas, iniciaban galopes, membraban los nobles brutos sus años mozos.



La Becerrada. Ramón Acín. Tinta y acuarela, hacia 1912-1914. Ramón es el primero a la izda.



Era un encanto, y una pena a un tiempo, el verles a solas. El royo, que un día debió ser caballo de labranza, daba pasos con brío, recordando su pisar en las losas de los patios lugareños, cuando sus cascos eran duros como los del caballo de Atila; andaba luego inclinando el pecho hacia adelante, cual si arrastrase carretadas de heno oloroso; sus orejas, que movía alegres, parecían escuchar el campanileo de su collar que acompañaba las coplas del gañán; castañeteábanle sus escasos dientes como en las cuadras de los mesones cuando mordía con su boca dura la cebada tierna. Un trecho andaba con aire de sandunga; creíase camino de la ermita, portador del amo joven junto al cuello, mientras allá en la grupa la futura dueña contaba los pasos en sus patas traseras con el golpetear de su zapatos nuevos.

¡Pobre caballo royo! Cuando la mucha hambre y el mucho cansancio le tendían en los corrales de la plaza, entre las banderillas y el arrastre, y le levantaban con no más mimo que a varada limpia, recordaría los tiempos de cuando la hartura le postraba enfermo y a cada resoplido suyo saltábanle lágrimas a la dueña de la casa, mientras el marido de ella caminaba presto en busca del albéitar.

El caballo royo murió a los dos días de celebrada la corrida. Murió de los trotes forzados, de las embestidas de los novillos, de la montura; esas sillas de picador que torturan a los viejos caballos como potros de inquisición, y al jinete cortan las espinillas como si fuesen nabos tiernos los estribos que pesan cuatro kilos, y ponen la rabadilla y el ombligo de color y blandura de tomate pasado lo que llaman el barren delantero y el barren de atrás.

El caballo negro debió ser de guerra. Era brioso el caballo negro; unos años antes no le iría a la zaga en genio a Brillandodoro el de Orlando.

Marchaba con aire de pasodoble militar; de pronto, emprendía un galope de coracero francés; diríase que atendía los toques de un cornetín de órdenes. Levantaba en alto la cabeza como Bucéfalo el caballo del Magno Alejandro, y la giraba a uno y otro lado, indicando seguir los movimientos de dos ejércitos, mostrando interés como si allí donde se ganase la batalla hubiesen de levantar una ciudad (¿recordaba a Bucefalia?) que llevase su nombre. Como aquel Babiaca, rocín de nuestro Cid, creía contar los metros que ensanchaba la España por las pisadas de su mano derecha. Orgullosa era a ratos ni que anduviese entre dos mariscales y en sus lomos fuese la generala de Montpensier, aspirante a la mano (mano regordeta de Capeto) de Luis XIV.²

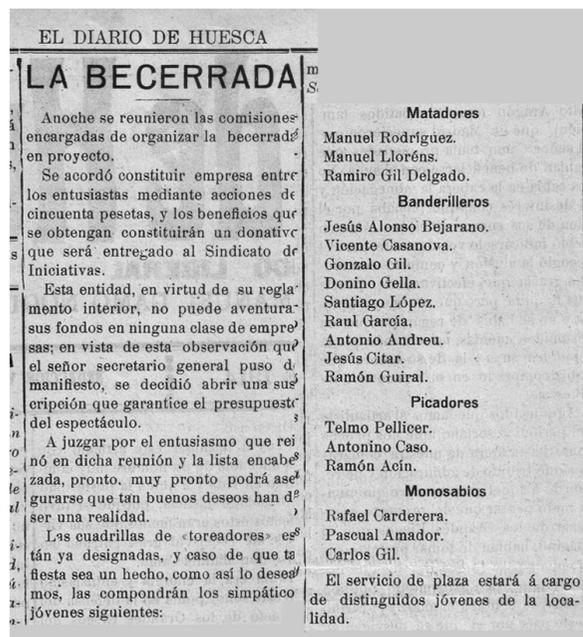
¡Pobre caballo negro el de los sueños bélicos! Creía el noble bruto lucir sobre el negro marco de su piel, las condecoraciones de oro del caballo de Robert y no encontró otra que la certera cornada del novillo tercero, que atravesando el pulmón le hizo rodar por tierra.

Mi caballo pardo fue de lujo, de casa grande debió ser mi caballo pardo. Presumido como una vieja, de joven guapa y muy cortejada.

Tenía porte de grandeza. Pasaba grandes ratos parado, bien cuadrado, como si le pintasen, al pintar a Isabel la primera mujer de Felipe IV. Subía y bajaba la cabeza, como corresponde a caballo de majestad, cual si agradeciese saludos y vítores; movía la crin (un día limpia y sedosa) como pluma grande de chambergo de mosquetero; volvía a la izquierda su mirar como para ver la saya noguerada y recamada de oro de su dueña, y hacía esfuerzos, por demás inútiles, para contemplar la cara de la reina que se perdía en la gorguera de abundante gasa.

En aquellas mascaradas de Florencia de que nos habla Taine³, siendo comparsa, gozara a sus anchas, y en la entrada en Roma de Lucrecia Borgia acompañada de doscientas damas en montura todas, no habría podido andar de puro hinchado, al verse tomar la brida por un gentilhomme.





En el palacio que Calígula instalara a Cincinato su caballo hubiese estado a maravilla, y aquel verso de uno de los Moratines que habla de larga cola recogida, vista encendida, narices dilatadas y gallardo ademán, estoy seguro lo sabe de memoria y créelo dedicado a alguno de sus antepasados⁴.

¡Pobre mi caballo pardo de picar! El segundo bicho que se llamaba *Pandereto*, y contaba más arrobas que un búfalo, a él y a mí, como a una sola pieza nos derribó en la arena y cuando el novillo pasaba y traspasaba aplastando con sus pezuñas anchas y pesadas nuestras espaldas y nuestra cabezas como pisador de uvas, mi caballo, aristócrata siempre, de los del *bel morire*, echaría de menos no ser el caballo de Jerapica en la fiesta de toros que a todo lujo y con asistencia de Su Santidad León X, cuenta Panluzo, secretario del duque de Ferrara, se celebró en Roma⁵. No así yo, mejor adorno no hiciera el mismo Botticelli de la plaza; era todo amarillo y rojo, colores de mi bandera, en cuanto a los ayes de angustia que León X exclamase en tan duro trance no las encontré en falta; salieron de los pechos de mis paisanas, flores que son ellas del jardín de mi patria; ya que de amor no había de encogerles el corazón el pobre y desmedrado tipo mío, zuloaguesco tipo, que fuese al menos de caridad; sino más, tan hermosa como el amor y que tanto vale.

No fueron nuestros caballos como más de una vez lo soñaran modelos de Millet, el pintor de las apacibles campestres escenas, ni de Meissonier el de las batallas⁶, ni de Velázquez el de los arreos principescos y posturas de media corveta; tan sólo el gran Zuloaga, el pintor de nuestra tragedia taurina, habrían podido aprovechar. Ni creyeron los desdichados en plazas de toros terminar sus días. El royo de mi amigo Andrés, soñaría morir en

aquel campo viña de junto a la sierra que con su trabajo de erial transformó en vergel y a la tierra dar su cuerpo, para que el trigo crezca y las uvas maduren. El negro de mi amigo Telmo, creería morir reventado de galopar y el llamar con sus patas delanteras en la puerta de una ciudad rendida, o como Orelia, el caballo de don Rodrigo, acabar con él todo un reino y toda una raza de reyes.

Mi caballo pardo no murió aún; se venderá, le darán fuego en sus patas cansadas para poder pasar el verano, luego lo comprará Zaldívar el de los caballos de toros, y allá al Octubre, un fiero miura o un corpulento zaldiendo lo despanzurrará de una cornada. Hasta entonces trillará, las horas de sol, correrá en las eras por el camino de oro de la mies segada; sobre el trillo, una moza de tobillos fuertes, de caderas anchas y de pechos duros, coronada con las espigas de Ceres, cantará con voz fresca y sonora, como una cascada entre pinares, cantos de amor y de alegría.

Mi caballo pardo, el de los sueños con carrozas regias, arrastrará un trillo; la sencilla, sencilla y divina carroza de la salud y de la vida. □

¹ A partir de aquí, comenzará a citar nombres de caballos conocidos, legendarios algunos, literarios otros: Bayarte, Bucéfalo (el de Alejandro), Billadoro, Orelia (montado por don Rodrigo, el último rey de los godos), además de Rocinante, son traídos de alusiones en El Quijote; Cincinato es aquel que Calígula nombra legislador romano; sumemos Babieca del Cid o el retrato ecuestre de Isabel de Francia, realizado por Velázquez.

² Ana María Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier (1627-1694), también conocida como 'Grande Mademoiselle', participó en la Fronda y Mazarino pensó seriamente en desposarla con el joven Luis XIV.

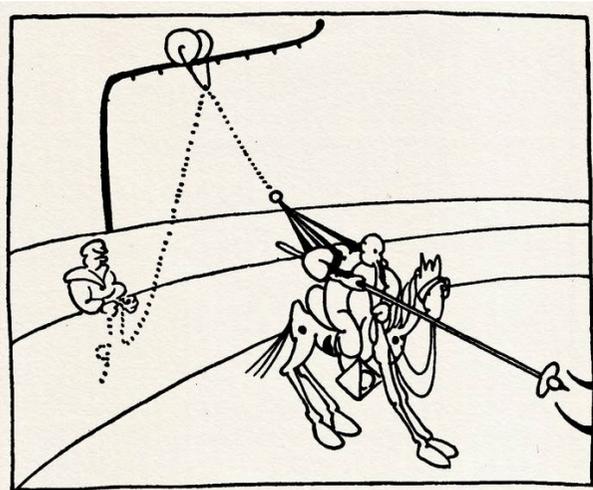
³ El historiador francés H. Taine (1828-1893), autor de Viaje por Italia.

⁴ Se refiere concretamente a Leandro Fernández de Moratín y a su obra Fiestas de Toros en Madrid (1821), en cuyos versos: "(...) Era el caballo galán/el bruto más generoso/de más gallardo ademán:/ cabos negros, y brioso,/muy tostado, y alhazán./ Larga cola recogida/en las piernas descarnadas".

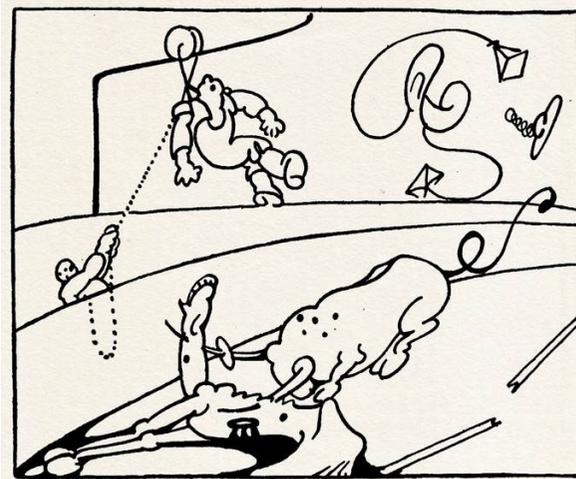
⁵ El Papa León X (1513-1521), de la familia Medici, que entre sus extravagancias de mecenas gustaba en organizar fiestas, particularmente con la participación de toros y carreras de caballos.

⁶ J. L. E. Meissonier (1815-1891), pintor y escultor francés que hacía caballos en cera para utilizarlos después como modelos en sus pinturas de historia.

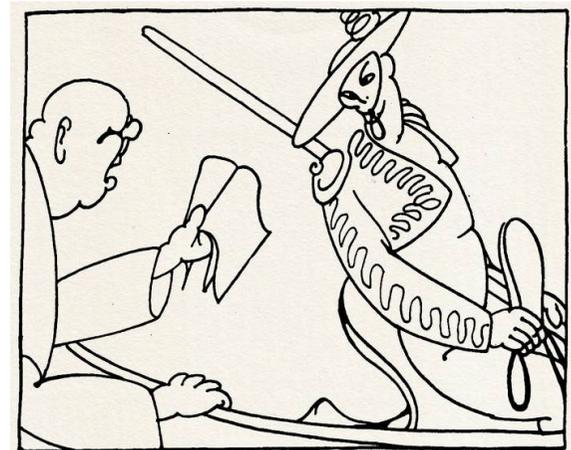




"El sindicato de picadores habrá exigido la total supresión de los tumbos..."



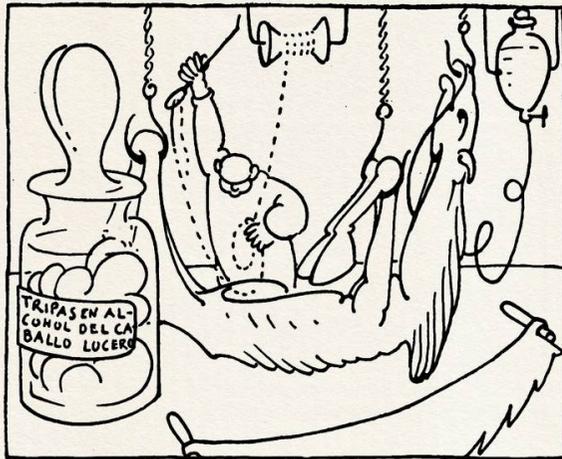
"...cosa que se habrá conseguido de manera sencilla y práctica".



"Asimismo, los de aupa, publicarán un manual del Aficionado con las frases permitidas. Nada de hijo de esto o hijo de lo otro por centímetro más o menos de pica".

Viñetas dedicadas a los caballos de picar en el libro de caricaturas *Las corridas de toros en 1970*, dibujado por Ramón Acín en 1921 y editado por Editorial V. Campo, Huesca 1923.

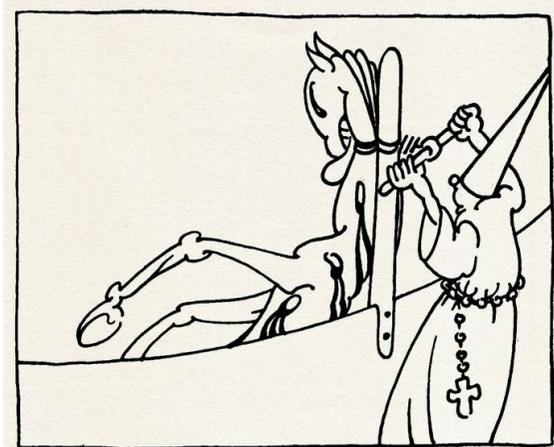




"Aprovechando los adelantos de la cirugía, a los caballos se les sacarán las tripas en tanto dura la corrida..."



"...y así se evitarán espectáculos como éste".



"La Sociedad Protectora de Animales, vista la inutilidad de los puntilleros, establecerá por su cuenta un servicio de horcas que aminoren las agonias de los pencos".

Viñetas dedicadas a los caballos de picar en el libro de dibujos *Las corridas de toros en 1970*, dibujado por Ramón Acín en 1921 y editado por Editorial V. Campo, Huesca 1923.



La suerte de toros del descabello

Una disposición que nos hace recordar soluciones de humorismo de un antiguo libro de Ramón Acín

Autor: F.— *El El Diario de Huesca, portada. 22-08-1934*



Cómo y por qué nos ocurrió la idea de estas líneas

Desde la muerte por descabello humano del espectador de La Coruña por el estoque arrebatado por la fuerza de la mano de Belmonte, caso tristísimo pero insuficiente para suspender una fiestas de bullicio y pasión, se venía hablando de recursos científico-práctico-aurinos para evitar tales fatalismos, los más trágicos de la fiesta brava. Sí, los más trágicos, porque hasta ahora el espectador nunca debió sentir al ir a ocupar su asiento las inquietudes y zozobras, miedo, en una palabra, que envuelve al lidiador que con aspiraciones de gloria y de dinero, sabe que sale a matar con el riesgo de ser muerto.

El Gobierno ha creído, por el ministro de la Gobernación, llegado el caso, de intervenir como tutelar de la seguridad del público, librándolo de las acechanzas terribles del estoque lanzado al aire por la fiera insumisa al certero y definitivo golpe entre sus vértebras.

Y el ministro, dice: "Se dispone se abra una información en el improrrogable plazo de quince días ante la Dirección general de Seguridad, a fin de determinar los procedimientos que tiendan a evitar desgracias en la suerte del descabello en las Plazas de toros".

Enseguida que leímos esto, antes ya, tan pronto como la Prensa dio la noticia de la desgracia horrible del espectador de Coruña recordamos, como cosa vieja, una colección de dibujos confeccionada hace años por Ramón Acín, con enseñanzas, normas y consejos sobre lo que serían las corridas de toros en 1970.

Preveía Acín, en broma, pero con perspectivas de práctico recurso, el peligro de los estocques lanzados al aire.

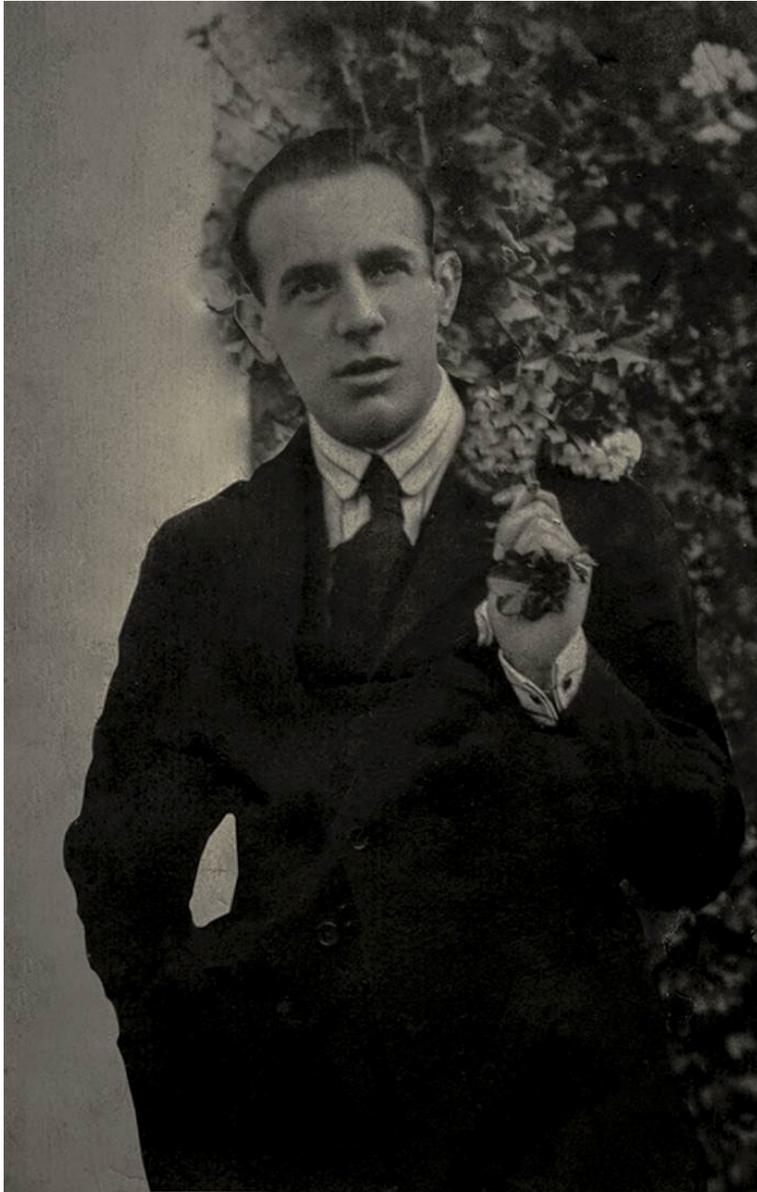
Los demás consejos, de vidente y cauteloso precursor, trataban de soluciones para que la llave fuera inevitablemente a la mano del alguacilillo unas, para que el picador no sufriera esos batacazos que hacen agujeros en el suelo, etc., etc.

Lo del estoque

La enjundia de mayor actualidad del libro de dibujos editado por nuestro paisano y amigo, estaba en lo del estoque que rechaza el testuz de la res.

¿Cómo evitar las desgracias, si la espada iba a las localidades?





Acín no admitía, por antiestética y costosa, la armadura que cubriera el cuerpo del torero y del espectador. Algo habría forzosamente que inmunizara la seguridad de los del redondel y de las gradas.

Vedlo en el dibujo con su pie de concisa y elocuente explicación.

El espada se dispone a descabellar. Pues a montar el aparato. De la empuñadura o cruz de la espada se sujeta una cadena delgada, pero fuerte. El otro extremo de la cadena, que presumimos mediría unos cinco o seis metros, va sujeto a un bloque de hierro, pero de una media arroba, colocado en el redondel por las cercanías del artista.

Salta el estoque, pero no abandona su radio por mucha que sea la fuerza del lanzamiento. El estoque vuelve a la arena porque el peso de los varios kilos a los que está amarrado le impide volar. Seguramente que ocurrido el accidente y puesta en práctica la idea de Acín, no hubieran muerto ni el de Bayona con Márquez, ni el de Coruña con Belmonte, ni le hubiera visto los labios a la pálida el espectador de Zaragoza cuando a Joselito se le fue el arma al tendido.

¡Ramón! Tus bromas resucitan con designios de invento estimable tras la sucesión de percances taurinos al conjuro siniestro de un estoque por los aires.

Si Salazar Alonso viera tu cuaderno de chirigotas artísticas seguramente las tendría mus en cuenta.

También las cosas de Julio Verne fueron fantasías y sueños hasta que los vértigos y los inventos colocan a los hombres en la estratosfera lo mismo que a un kilómetro de la superficie del mar hacia abajo.

Con Mazzantini en la botella y suertes del toreo en los platos, se espera a Sánchez Mejías.

¿Pero tú eres taurino?, preguntamos a Ramón Acín en su casa cuando vimos la mesa puesta en un mezclado flamenquismo español francés.

Lamento como el que más la realidad de la célebre copla con aquello que asegura que a la fiesta de los toros nos hay quien la “abola”. Por mí las suprimiría de una plumada. Pero no es obstáculo para que reconozca que en su aspecto artístico es algo logrado, algo de lienzo, costumbrista, fuerte y pasional.

Otros íntimos míos, artistas y escritores de Madrid y Sevilla, piensan aún más radicalmente que yo y sin embargo una de sus mejores amistades era Sánchez Mejías, el bravo torero que al día siguiente de verlo los oscenses recibió la cornada mortal en Manzanares.





Vimos otros grabados de gran valor documental y retrospectivo y, su cartel, del gran Lagartijo –quien igual que Guerrera figuren en los carteles de San Lorenzo, como banderilleros-. El cartel no es de tela, sino de seda. Magnífico.

Para otro día

No tardará mucho en llegar la continuación sobre nombres y demás particularidades de los programas de toros. □

Sánchez Mejías –continúa Ramón Acín- debió venir aquí para recordar a los amigos suyos y míos y en honor suyo tendí este tenderete flamenco.

Manzanilla en botella con el busto de Mazzantini, pastas, dulces y platos franceses con la suerte del torero explicada en la lengua de la nación vecina.

Como se preparó estaba la mesa. Recordamos al veterano lidiador con la emoción del recuerdo de un convidado que no pudo acudir al agasajo y que jamás acudirá.

Con vistas a un museo

Ramón posee cosas interesantísimas para los que sentimos honda afición a la fiesta nacional y a su historia.

Abanicos, botones, figuritas, cerilleras, pipas, azulejos, alfombras, ceniceros, porcelanas, candeleros, cristales, cromos, estampas, cuadros...

Aquella va por camino de llegar a formar en día no lejano un museo digno de lucidísima exposición.

Y en carteles tiene coleccionados una serie que abarca de los años más distantes hasta nuestros días.

Cuadrillas, ganado, precios, observaciones curiosísimas desde el año 1860. Una litografía de La Lidia de Daniel Perea, representa a un picador delante de un toro. Pero la cabalgadura es otro hombre dispuesto a vaciar al toro si éste se arranca mal con la muleta que lleva entre las manos.

El varilarguero es Juaninón, de quien dice Sánchez Neira que, según sus datos, era de Huesca.



Pasiones y desamor de Ignacio Sánchez Mejías, el torero al que lloró Lorca

Gonzalo Bienvenida. Diario *El Mundo*. 19 mayo 2024

Se cumplen 90 años de la muerte de uno de los mitos del toreo. También fue empresario, piloto, jugador de polo, presidente del Betis y de la Cruz Roja en Sevilla. Su propia muerte en la plaza de Manzanares, inmortalizada por Lorca, alimentó su figura.



Retrato de Ignacio Sánchez Mejías, que murió en la plaza de toros de Manzanares en 1934.EFE

Un escalofrío recorrió los tendidos cuando **Ignacio Sánchez-Mejías resultó cogido** mientras toreaba sentado en el estribo de la plaza de Manzanares en 1934. Falleció por las consecuencias de la devastadora cornada. Atrás dejó una vida plena que había exprimido al máximo desde diferentes perspectivas dada su **polifacética personalidad**. Torero, presidente de la Cruz Roja, presidente del Betis, jugador de polo y mecenas de la Generación del 27.

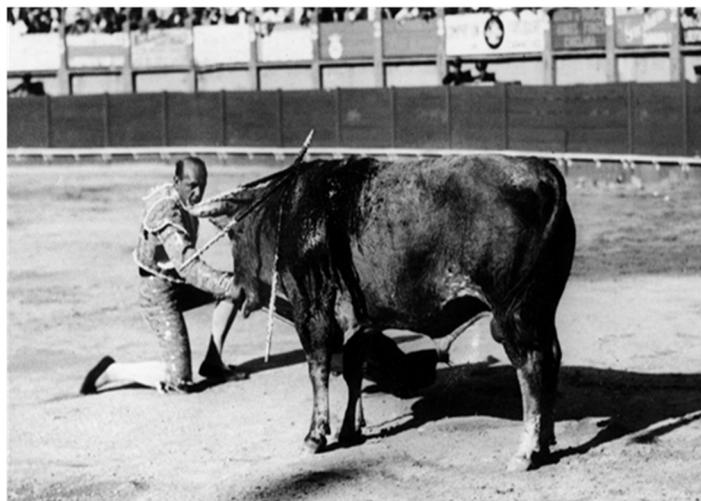


"Tuvo un papel decisivo porque era amigo de todos los integrantes de la Generación del 27 por su simpatía, inteligencia y generosidad", asegura quien mejor conoce al poliédrico personaje, es decir, Andrés Amorós, que acaba de publicar *El Arte del Toreo* (La Esfera de los Libros, 2024), que ya va por la tercera edición.

Es un repaso al conocimiento taurino desde una perspectiva didáctica. Lógicamente le dedica un capítulo a la historia de Ignacio Sánchez-Mejías, de quién se cumplirá en julio 90 años de su muerte y por ende de la elegía más desgarradora de las que se han escrito jamás:

¡Que no quiero verla!/Dile a la luna que venga, /que no quiero ver la sangre /de Ignacio sobre la arena./¡Que no quiero verla!

¿Por qué apreciaban tanto los intelectuales de la época a Sánchez-Mejías?



Ignacio Sánchez Mejías en una corrida en los años 30.EFE

Lo primero, por su forma de ser y por quién era. El torero formaba parte natural de la vida cultural de España. A eso hay que añadirle la inquietud intelectual de Sánchez-Mejías, que le llevó a impulsar la Generación del 27. No solo tuvo la brillante idea de reunirles en su finca de Pino Montano en Sevilla, también se preocupó de convencerles uno a uno de la importancia que tenía ese encuentro dotándolo de oficialidad en el Ateneo de Sevilla con el homenaje a Góngora, preparando divertidos planes complementarios y financiando el viaje de todos ellos.

Amorós, catedrático de Literatura Española, matiza: "Para reunirse esos escritores tan importantes tuvieron que dejar atrás sus celos y sus desencuentros, eso es obra de un anfitrión maravilloso que les convenció".

Acudieron Federico García Lorca, Rafael Alberti, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Juan Chabás, Jorge Guillén y José Bergamín. Ignacio también organizó un almuerzo para 60 comensales en la Real Venta de Antequera y, con respecto a su finca, montó una fiesta nocturna en la que era obligatorio llevar ropajes árabes. Dámaso Gómez recitó unos versos de Góngora. Amorós añade: "Fernando Villalón hizo unos trucos de ocultismo e Ignacio les llevó por el río en barcas pese a la nocturnidad".

Esa noche mágica forma parte de la memoria literaria de la Generación del 27. Aquella noche está recogida en las memorias de Alberti y en otros textos desternillantes. En el archivo-museo dedicado al torero en Manzanares (Ciudad Real) se conserva correspondencia por carta del torero con Unamuno, Gerardo Diego, Alberti o Lorca, entre otros.

El origen de su afición provenía del contacto en la Alameda de Hércules con los Gallo. Hijo y nieto de médicos, su fanatismo por la tauromaquia trajo muchos quebraderos de cabeza a sus padres por sus escapadas. El colmo llegó cuando se enroló en una embarcación como polizón con destino a México para buscar fortuna. Sin embargo, el barco llegó a Estados Unidos, donde fue detenido. Allí le tuvo que rescatar su hermano, que vivía en Veracruz (México).

No fue un torero al uso, aunque comenzó con los clásicos principios de conocer el oficio siendo primero banderillero, en México tras el rescate, y después matador. Formó parte de la cuadrilla de Joselito El Gallo, que se terminaría convirtiéndose en su cuñado al casarse con Lola Gómez, la hermana de Gallito.





El cadáver de Joselito, el Gallo, tras su cogida.EM

Tomó la alternativa en 1919 en Barcelona y al año siguiente presenció la muerte de su cuñado en la fatídica corrida de Talavera de la Reina, el 16 de mayo de 1920, en la que actuaban mano a mano. Un toro llamado *Bailaor* arrebató la vida a Joselito y fue Sánchez Mejías quien se encargó de dar muerte al toro. La fotografía de Ignacio derrotado sobre el cuerpo de Joselito forma parte del imaginario colectivo como icono del héroe caído.

En 1922 se retira, aunque vuelve en 1924 y se vuelve a retirar en 1927. En la temporada de 1934 reaparece con el triste desenlace. Escribe crónicas taurinas estando retirado y cuando reaparece por última vez incluso llega a escribir sobre sus propias actuaciones, siendo muy crítico consigo mismo. Escribió un revolucionario artículo en contra de la censura contando con el apoyo de Miguel de Unamuno.



Escritor y dramaturgo

Sánchez Mejías, que una vez convertido en figura del toreo concluyó sus estudios, escribió tres obras de teatro: *Sinrazón*, estrenada en Santander, *Zaya*, estrenada con mucho éxito en Madrid, y una tercera que no vio la luz como la novela *La amargura del triunfo*. La novela fue recuperada precisamente por el propio Andrés Amorós y refleja los pesares del torero en contra de la imagen gloriosa que proyecta. Hay una reflexión sobre su figura. "En otro tiempo ese personaje (refiriéndose a sí mismo) hubiera sido héroe en los Tercios de Flandes, en la guerra de África, descubriendo unas minas, luchando con los indios... Ser torero era lo más cercano que podía a pretender ser un héroe", explica Amorós.

Una muestra más de su faceta intelectual es que en esa época fue empresario e incluso impulsó una línea aérea entre Buenos Aires y Sevilla. Socialmente, además, fue muy querido, un ídolo que incluso protagonizó anuncios de publicidad de la época.





Encarnación López Júlvez, *La Argentinista*.EFE

'La Argentinista'

En la faceta de promotor teatral surge una vinculación creativa de tres artistas: Ignacio, Federico y Encarnación López Júlvez, *La Argentinista*, que las circunstancias impidieron que se desarrollara completamente. Entre los tres idearon un espectáculo genuino de danza con coreografía de ella, los textos del torero y las letras de las canciones del poeta. Debido al fallecimiento de Ignacio primero (1934) y de García Lorca después (1936) no se pudo realizar.

La Argentinista regresó a su exilio completamente desolada. Su amor había comenzado en 1925, cuando conoció al torero por la amistad común de García Lorca. Ignacio mantiene una relación con ella de una década pese a no vivir en Madrid habitualmente, pasa temporadas con la revolucionaria del baile español.

Para cerrar el círculo de fatalismo, La Argentinista había estado enamorada de Joselito el Gallo anteriormente. Nunca se confirmó el romance, pero fue conocido especialmente por el mundo de la cultura. Cuando giraba por América fue cuando conoció a Sánchez Mejías, que seguía recomponiéndose anímicamente de la tragedia de Talavera. Pero no fue el único amor furtivo del matador, que siempre estuvo casado con Lola Ortega, la hermana de Joselito, con quién tuvo dos hijos. También tuvo un *affaire* con Marcelle Auclair, hispanista francesa y fundadora de la revista *Marie Claire*, a quién conoció en casa de Jorge Guillén.

La obra maestra de Federico García Lorca, la elegía del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, resumió como ningún otro de sus textos su visión del mundo. Ahonda en las particularidades humanas del torero, por eso consigue universalizar la figura del personaje que hemos recordado en estas líneas. Aquel texto es santo y seña de la Generación del 27 que precisamente homenajea al mecenas.

Se ha mitificado tanto el personaje que hay quién se planteó si había sido real o no. □

